
Inmigración libanesa en México. Un caso de diversidad cultural

Rebeca Inclán

Los libaneses empezaron a llegar a México durante la segunda mitad del siglo XIX:

Salíamos a hacer la América, dejando nuestra querida tierra, porque el libanés tiene aspiraciones de hacer cosas grandes, que los gobernantes turcos impedían. En esta nueva tierra encontramos gente nueva, gente que daba el apoyo necesario y que nos dio la libertad que faltaba en nuestra tierra natal.¹

Líbano vivió entre dos fuertes tendencias: la cristiana occidental y la árabe musulmana. Encontramos la presencia de los cristianos desde el siglo IV, cristiandad que fue ratificada con las Cruzadas y la invasión árabe desde el siglo VII. Con la aparición de Mahoma en esa centuria,² el Islam inició un proceso expansivo que provocó un fenómeno de repliegue por parte de las comunidades cristianas hacia la Montaña o Monte Líbano.

El fenómeno de emigración que apareció en el Líbano durante el siglo XIX fue una de las consecuencias de la desintegración de un sistema tradicional: el Imperio otomano, del que formaba parte. Esta desintegración suscitó diversas situaciones: terminó con la producción artesanal y familiar preindustriales y con la forma tradicional de la propiedad de la tierra,

aunque ésta perteneciera a la comunidad. Aquí hablamos de un tipo de comunidad corporativa, en la que el poder central no puede o no quiere intervenir en la administración directa, pero en la que se imponen a la comunidad rural en su conjunto ciertas obligaciones colectivas en forma de impuestos y trabajos no remunerados, y en las que esta comunidad crea o se reserva mecanismos para administrar sus propios recursos naturales y sociales; este sistema era conocido con el nombre de *musha'a*.

Los grupos que habitaron Líbano durante la segunda mitad del siglo XIX fueron principalmente los maronitas³ y los drusos.⁴ Estos dos grupos funcionaban de diferente manera, tanto desde el punto de vista económico como religioso. Los maronitas, que eran los que directamente trabajaban la tierra, experimentaron durante este periodo un importante crecimiento en su población, lo que provocó conflictos con los drusos, quienes detentaban la propiedad de la tierra y representaban al poder otomano en la región. Las fuentes de trabajo agrícolas y artesanales empezaban a resultar insuficientes para esta nueva población. Además, hay que añadir que esto acentuaba las diferencias de carácter confesional, dándole al problema un cariz religioso. Cabe mencionar aquí que la gran mayoría de libaneses que llegaron a México eran maronitas y declararon ser agricultores o comerciantes en su país de origen, lo cual indica

uniformidad cultural en la procedencia de estos inmigrantes.

El Líbano, durante el siglo XIX, al mismo tiempo que pasó a formar parte del desarrollo capitalista mundial, generó, debido a cambios en su estructura económica y política, un importante movimiento migratorio que, en un primer momento, se dirigió a Beirut (a partir de 1860), posteriormente a Egipto y finalmente a América, donde realizarían sus ideales de libertad y progreso.

El total de emigrantes que salieron del Líbano durante el periodo 1860-1914, sobrepasó el millón. Los países que recibieron el mayor número de libaneses fueron: Estados Unidos, 400,311; Brasil, 304,819; Argentina, 150,263 y México, 20,022.⁵

Después del periodo 1900-1914, el índice de salidas del Líbano disminuyó considerablemente, por diversas razones. En los países que recibieron esta emigración fueron saturándose las fuentes de trabajo, por lo que empezaron a emitirse leyes restrictivas para la llegada de extranjeros. Éstos resultaban una competencia para los trabajadores del propio país, ya que en ocasiones, como en el caso de los inmigrantes chinos en México o Estados Unidos, cobraban salarios muy por debajo de lo establecido en el mercado, con lo cual se convertían en mano de obra barata y atractiva. Cuestiones de orden político en Líbano también tendieron a frenar la emigración masiva de libaneses. Los constantes conflictos entre la población drusa y maronita permitieron la ocupación francesa del país a finales de la Primera Guerra Mundial. Tras la derrota del Imperio otomano, Líbano pasó a ser, junto con Siria, mandato francés. Durante este periodo, Líbano experimentó un florecimiento económico y social que contribuyó incluso al regreso de cierto número de libaneses. También en 1920 aumentó la superficie de Monte Líbano con la anexión de regiones periféricas: al oeste, la ciudad de Beirut; Trípoli y Akaar al norte; las ciudades de Saida, Sour y el Djebel Amel al sur; la Bekaa y el flanco oeste del Anti-Líbano al este; así se configuró el Gran Líbano, territorio que se conserva hasta nuestros días.

La independencia de Líbano se hizo efectiva

en 1943, con el consentimiento francés. No debemos olvidar que este país ha sido, y es, una puerta de comunicación entre Oriente y Occidente; de ahí el interés de Francia en su política interna.

Con toda esta reestructuración en la vida económica y política libanesa, a partir de los años cuarenta la emigración se convirtió en un fenómeno de tipo individual y poco frecuente, que tenía como móvil en muchos casos la visita temporal a algún pariente establecido. Tiempo después la llegada de libaneses obedeció a la necesidad de reforzar las relaciones de trabajo por medio de una red familiar, aunque esta situación ya se había dado anteriormente. Por último, también debe mencionarse la llegada de inmigrantes libaneses a raíz del conflicto en Medio Oriente entre 1974 y 1976; sin embargo, esta emigración no es una continuación de la que se dio en un primer momento, y por su complejidad merece un estudio aparte.

Una vez en México, los inmigrantes se establecieron en un país que los vería progresar, formar una familia, y posteriormente cohesionarse como grupo y comunidad. Esta situación, sin embargo, no impidió que siguieran manteniendo relaciones afectivas y económicas con Líbano, al paso de los años. Como ejemplo de esta relación puede mencionarse la celebración en México del Primer Congreso Mundial de la Unión Maronita, en el D.F., en febrero de 1979; allí se hizo patente la ayuda recibida por Líbano de parte de las asociaciones libanesas formadas por emigrantes en otros países.

La llegada de libaneses a México a partir de las dos últimas décadas del siglo XIX, coincidió con una política migratoria favorable al arribo de extranjeros, iniciada por el liberalismo e impulsada por Díaz para lograr el desarrollo económico del país. La inmigración que se anhelaba en México era la de Europa Occidental, la cual se mezclaba con el deseo de progreso económico y cuestiones raciales, que iban en detrimento de amplios sectores de la sociedad mexicana. Uno de los más importantes ideólogos del porfiriato, Justo Sierra, opinaba: "...atraer al inmigrante de sangre europea, que es el único con quien debemos procurar el cruzamiento

de nuestros grupos indígenas; si no, en lugar de progresar, pasaremos a un nivel inferior".⁶

En relación con la política migratoria que dominaba en esta época, el autor Moisés González Navarro nos explica:

La xenofilia es uno de los rasgos distintivos de la "minoría dominante" del porfiriato en varios de los órdenes de la vida social, manifestándose a las claras un exagerado respeto al extranjero y a lo extranjero, principalmente al oriundo de Europa Occidental. Esta situación provocó reacciones contradictorias, pues [...] mientras la élite daba un trato preferente al extranjero, el pueblo raso mostraba aborrecimiento por lo extraño.⁷

Dentro de esta expectativa la llegada de libaneses provocó reacciones contrarias. Algunos se opusieron a ella "...porque los turcos eran sucios y habían convertido la caridad en institución; se dedicaban a vender objetos piadosos del Santo Sepulcro..."⁸ Sin embargo, la gran mayoría de los nacionales que convivieron con libaneses, los aceptaron sin dificultad, y su presencia como buhoneros o comerciantes ambulantes fue acogida con agrado por la sociedad. El árabe o turco, como se les llamaba, llegó a representar una figura característica en la sociedad mexicana de principios del siglo XX.

Esta situación, como ya se mencionó anteriormente, cambió, transformándose de una política migratoria favorable al arribo de ciertos extranjeros, en una política francamente restrictiva. Como ejemplos de estas medidas restrictivas podemos mencionar las siguientes leyes: la de 1908 prohibía la entrada a personas afectadas de enfermedades transmisibles. En 1921, debido al auge petrolero, se presentó un proyecto para reformar la ley de 1908 en el sentido de prohibir la entrada de trabajadores extranjeros cuando el país sufriera crisis económica. La ley del 13 de marzo de 1926 reformó la de 1908, modificando radicalmente las condiciones de entrada para los extranjeros pues se estableció su pago de impuestos y el que supieran leer y escribir. Asimismo se restringió la entrada de inmigrantes cuando hubiera escasez de trabajo y

se redefinieron conceptos como el de inmigrante, emigrante, colono y turista. La ley del 8 de julio de 1927 restringió la inmigración de negros, indobritánicos, sirios, libaneses, armenios, palestinos, árabes, turcos y chinos. Se establecía que estas minorías debían poseer un capital no menor a 10,000 pesos y el pago de una fianza. Este reglamento estuvo vigente durante los años 1928 y 1929; quedaban exentos del mismo los cónyuges de aquellos que emigraban legalmente, así como sus ascendientes y descendientes, siempre que tuvieran un modo honrado de vivir. Posteriormente se restringió la entrada a trabajadores extranjeros con capital, o a aquellos previamente contratados por una empresa.⁹

Aprovechando quizá la flexibilidad durante los primeros años en relación con la política migratoria, un importante número de libaneses se estableció en el país, distribuyéndose en diferentes puntos de la república. En 1905 había en México cerca de 5,000 libaneses; esta cifra se elevó a 15,000 en 1938. Diez años más tarde, como resultado de un censo comunitario, se reportó una población de 16,400, considerando a los inmigrantes y sus descendientes.¹⁰

Para obtener cifras acerca del número de libaneses en México se consultaron diversas fuentes: bibliográficas, archivos en las localidades en las que esto fue posible, así como información obtenida en entrevistas. Todo esto arrojó una cifra de 100,000, contando hasta una tercera generación, en 1980. Los puntos más importantes de establecimiento de los libaneses en México fueron: Veracruz, Puebla, D.F., Yucatán, Coahuila, Tamaulipas, Nuevo León, Jalisco, Chihuahua y Durango.

A continuación vamos a referirnos a los inmigrantes ya establecidos, de qué manera tuvieron que integrarse económica y socialmente a lo "mexicano", así como los mecanismos que desarrollaron al paso de los años para mantenerse como grupo diferenciado. Para lograr este objetivo nos referiremos principalmente a la inmigración asentada en la ciudad de Puebla, incluyendo no sólo a los primeros inmigrantes sino también a sus descendientes. En esta ciudad se tuvo la oportunidad de consultar el Departamento de Extranjería del Archivo del Ayunta-

miento, así como realizar entrevistas a miembros y dirigentes de la comunidad libanesa.

En las primeras décadas del siglo XIX Puebla era, junto con Querétaro, una de las ciudades industriales más importantes; surtían a los mercados de la ciudad de México y Guanajuato. Puebla era el centro de producción de los textiles de algodón del país, posición que mantuvo hasta finales de siglo. Estos polos de desarrollo industrial impulsaron el surgimiento de una actividad comercial, principalmente por medio de las ferias, que no sólo servían para que hubiera un intercambio comercial intenso entre diferentes zonas, sino que llegaban a incorporar, como consumidores, personas y lugares aislados por la dificultad de transporte y comunicación.

Antes de la construcción del ferrocarril, gente y mercancías viajaban por tierra, a lo largo de una red de caminos y senderos heredados desde la época prehispánica. Con los ferrocarriles, en las últimas décadas del siglo XIX, se favoreció el crecimiento económico de México y se incorporaron nuevas regiones a la economía capitalista. El caso de Puebla fue el de una estación intermedia comunicada con importantes centros comerciales por los ferrocarriles interoceánico y mexicano.

Puebla se configuró como un importante centro comercial e industrial que ofrecía grandes posibilidades de desarrollo. Era un punto bien comunicado y cercano, tanto al puerto de Veracruz como a la capital. Éstas fueron sin duda algunas de las razones por las que un crecido número de libaneses se estableció allí a partir de 1890. Por otro lado, debe mencionarse el hecho de que, sólo unos años después de la llegada de los primeros inmigrantes libaneses a México, empezó a funcionar una red de tipo comunitaria que fue y sigue siendo la que ha mantenido a este grupo unido sin que pierda los valores de la cultura de origen y, al mismo tiempo, funcionando dentro de un contexto mayor.

Domingo Kuri se estableció en el puerto de Veracruz en 1903, donde ya estaba su cuñado con quien trabajó dos años. Kuri ayudaba a los inmigrantes libaneses en su contacto con las autoridades migratorias;

muchos de ellos no hubieran entrado sin su ayuda. En el periodo de la Revolución, Domingo Kuri salvó vidas de sus paisanos gracias a su influencia. Este hombre pasó 37 años en Veracruz.¹¹

Ya en Puebla, la actividad económica a la que se dedicó un importante número de libaneses fue el comercio. Empezaron a comerciar con pequeñas mercancías como cintas, peines, peinetas, alfileres y poco a poco introdujeron ropa hecha de algodón. El comercio ambulante de la segunda mitad del siglo XIX estuvo en manos de nacionales, pero gradualmente este sector fue ocupado también por los libaneses, quienes introdujeron nuevas mercancías, funcionaron como intermediarios de los grandes establecimientos urbanos e iniciaron la técnica del comercio en abonos. También debe mencionarse que en ocasiones los indígenas fueron los primeros clientes de los libaneses, por lo que éstos se vieron en la necesidad de aprender el náhuatl o el maya al mismo tiempo que el español.

Una vez que los inmigrantes contaron con cierto capital y con el crédito de casas comerciales, así como con una clientela más o menos numerosa, combinaron el comercio ambulante con el establecido. Esta situación fue posible porque mientras el hombre viajaba comerciando, su mujer o algún familiar que había llegado del Líbano atendía un pequeño local en el mercado. La llegada de mujeres libanesas durante los primeros años favoreció la endogamia.

Aunque el número de mujeres que llegó a México no sobrepasó el de los hombres, su presencia fue fundamental para la transmisión de los valores libaneses en el interior de la familia. De 1890 a 1970 llegaron a Puebla (ciudad) un total de 391 libaneses, 211 hombres y 180 mujeres. (Archivo del Ayuntamiento de Puebla, Departamento de Extranjería.)

La ayuda para el paisano recién llegado a México nunca dejó de funcionar. Después de ser rechazado en Estados Unidos porque sus dos hijas estaban enfermas de la vista, un inmigrante llegó a Veracruz:

Alto, huesudo, echado de hombros, de bi-

gote abundante y atildado, dientes amarillentos como almenas, sempiternos pantalones negros y chaleco gris, fungía como punto de enlace en todos los actos festivos o luctuosos de la colonia libanesa en Veracruz. Presentaba doncellas en sociedad, organizaba partidos de póker y exhumaba restos para ponerlos en el camino de la perpetuidad en las criptas de la parroquia; pero sobre todo acomodaba, distribuyéndolos según afinidades y parentescos por diversos puntos de la república, a los libaneses que entraban a México por Veracruz.

El encuentro significó la recepción más grata que la nación mexicana les hacía al padre y a sus hijas, en la persona de don Tufic...

Ese mismo día se decidió el destino inmediato del hombre y las dos niñas. A la mañana siguiente debían partir por tren a la capital, y de ahí transbordar hasta llegar a Pachuca, donde había tres o cuatro familias del pueblo de ellos que se encargarían de asimilarlos y encaminarlos hacia alguna actividad que les permitiera ir resolviendo las necesidades más apremiantes. Después, poco a poco, irían buscando la vida...¹²

Este funcionamiento del grupo libanés a partir de una red de relaciones, corresponde con lo que Craig Calhoun definiría como comunidad: lo que estructura una comunidad es la forma de interrelación en el interior, basada en lazos de apoyo y dependencia mutua, que van más allá de jerarquías socioeconómicas o relaciones de clase. Se está hablando de un lenguaje comunitario que va más allá de un lenguaje de clase. Se comparten valores, propósitos y objetivos comunes que rebasan el sentido meramente geográfico.

Para Calhoun el concepto de comunidad no es el de una entidad cerrada: no siempre se da en un mismo lugar, y en el interior hay una intensidad de relación mayor que hacia afuera. Esto hace que las relaciones dentro de la comunidad sean cualitativamente diferentes a las que se establecen con la sociedad.

En esta red de relaciones llamada comunidad el inmigrante encontró, desde los primeros años, apoyo económico y sentido a su existencia, fuera de su lugar de origen. Compartían como grupo la añoranza y la nostalgia por Líbano, pero también los logros y éxitos en esta tierra que empezaron a sentir en parte suya. No debemos olvidar que los libaneses trabajaban, en su país de origen, dentro del sistema denominado *musha's*, cuyos mecanismos muy probablemente fueron parcialmente trasladados a México favoreciendo así la formación y el funcionamiento de una comunidad.

Después de los veinte años de porfirismo que les tocó vivir a nuestros inmigrantes libaneses, estalló el movimiento armado de 1910 que, al no obstruir todas las actividades económicas del país, les permitió, al igual que a otros comerciantes, continuarlas, aunque ahora la clientela más segura eran el ejército y la soldadesca:

Al término de la Decena Trágica había unos soldados estacionados alrededor de México. Se puso de acuerdo con su cuñado Miguel [...] para venderles ropa. Como no tenían en existencia, habló con sus amigos, los hermanos X, propietarios de un establecimiento de ropa hecha, a condición: lo que se venda se les paga; lo que sobre se les devuelve. Les dieron lo que querían y al otro día salieron para Lechería donde había cantidad de soldados. Vendieron todo y siguieron vendiendo varios días; y todo lo vendían a buen precio y con buena ganancia, pero pronto empezaron a ir muchos vendedores y así se acabó la venta.¹³

Hablamos de una época de cambio en la que la población en general estaba sujeta a robos y saqueos, a inseguridad y muerte. La participación de los libaneses en la Revolución mexicana estuvo condicionada por las circunstancias; cuando tenían que combatir lo hacían sin objetivos muy precisos, al igual que muchos sectores de la población. La inestabilidad económica era evidente, y el valor del peso fluctuaba constantemente; pero para los libaneses, esta ines-

tabilidad fue relativa, ya que su capital estaba invertido en mercancías y en ocasiones en oro.¹⁴

Después de la Revolución los inmigrantes libaneses se establecieron, y los que ya lo habían hecho agrandaron sus negocios aprovechando el crédito que tenían con importantes casas comerciales. La situación de estabilidad (que poco a poco fue recuperándose), volvió a asegurarles una clientela fija. Aquí debemos destacar el hecho de que los extranjeros establecían relaciones de ayuda, aunque tuvieran diferentes nacionalidades. No hay que olvidar que los dueños de los establecimientos, que eran proveedores y otorgaban crédito a los libaneses, eran franceses. No podemos dejar de mencionar, sin embargo, que al paso de los años la presencia de comerciantes libaneses se convirtió en una competencia para otros comerciantes, y aun para pequeños industriales.

Podemos considerar que la integración económica de los libaneses, y posteriormente de sus descendientes, fue exitosa en términos generales. Hemos hecho una descripción acerca de la actividad económica de los inmigrantes durante sus primeros años en México. Sin embargo, por el carácter mismo de este trabajo sería imposible continuar por este camino. Su inserción en la economía mexicana después de la Revolución se dio en diferentes sectores, y de manera exitosa dentro de la industria textil. Debido a cambios en la política migratoria, el rubro de inmigrantes casi desapareció, ya que a partir de 1930 un gran número de libaneses y otros extranjeros obtuvieron la nacionalidad mexicana. Por otro lado, en 1934 la Ley de Extranjería y Naturalización otorgó la nacionalidad mexicana por nacimiento, con lo que los hijos de libaneses se convertían legalmente en mexicanos.

El que nuestros inmigrantes hayan obtenido la nacionalidad mexicana, y que sus hijos y nietos se hayan convertido en mexicanos por nacimiento, no los ha hecho perder su arraigo a la cultura libanesa; más aún, yo diría que esto se ha acentuado y se expresa en forma más libre. Esta situación de permanencia y diversidad cultural es la que nos hace hablar de una comunidad libanesa a más de 100 años de la llegada de los primeros inmigrantes. Para esclarecer y

profundizar esta mecánica serán necesarios más estudios al respecto, pero quizás un primer paso sería la búsqueda de soluciones a estas interrogantes dentro del ámbito de la historia de las mentalidades, donde, como nos dice Le Goff, uno de sus representantes,

...es el lugar de encuentro de exigencias opuestas que la dinámica propia de la investigación histórica actual fuerza al diálogo. Se sitúa en el presente la conjunción de lo individual con lo colectivo, del tiempo largo y de lo cotidiano, de lo inconsciente y lo intencional, de lo estructural y lo coyuntural, de lo marginal y lo general.¹⁵

He intentado en páginas anteriores hacer una relación entre lo individual y lo colectivo, lo cotidiano y el tiempo largo. Se cuenta con un rico material, pero hace falta un ejercicio más constante para lograrlo de forma continua.

Se ha hablado de una comunidad libanesa porque se dieron elementos a lo largo del tiempo que la fueron conformando poco a poco, estructurada en redes de parentela, ayuda mutua y beneficencia. Para soportar y apoyar esta vida comunitaria, la familia libanesa se erigió desde un primer momento como el baluarte donde se protegían los valores culturales de Líbano. La vida privada se convertía en un espacio en el que se decidía la supremacía del grupo. De ahí la necesidad, durante los primeros años, de practicar la endogamia, reforzar las relaciones de trabajo con familiares o amigos llegados de Líbano y no perder el árabe como medio de comunicación.

Yo conocí a mi esposo cuando era niña. Tenía doce años viviendo en México y en un viaje que hizo al Líbano se casó conmigo. El casamiento fue rápido porque mi marido tenía negocios en México, y tenía que volver. Los negocios los había dejado con sus hermanos.¹⁶

Yo quisiera mencionar aquí que un elemento fundamental que facilitó la asimilación de los

libaneses a la sociedad mexicana fue el de practicar la misma religión, aunque con diferencias rituales, ya que los libaneses son católicos maronitas.

Con el paso de los años la comunidad ha sido más permeable en su relación con la sociedad mayor. Recordemos que, según Calhoun, la comunidad no es una entidad cerrada. Así, los descendientes de los libaneses empezaron a asistir a la escuela, donde la interacción con lo "mexicano" era cotidiana, y posteriormente a celebrar matrimonios mixtos. Sin embargo, otros valores propiamente libaneses siguieron transmitiéndose en el interior de la familia. Esto, junto con la presencia del libanés en la vida pública, permitió años después un fortalecimiento como grupo. El primer periódico en árabe apareció en 1905; contaba con imprenta propia y tipos en español y árabe; se llamó *Ash Shark*.¹⁷

Notas

¹ Entrevista con pionero libanés, Puebla, 1977.

² A principios del siglo VII Mahoma empezó a predicar y a convertir al monoteísmo a los coraichitas, la gente de su tribu. Después de su muerte los fieles emprendieron una serie de invasiones que los llevaron a formar uno de los imperios más importantes que hayamos conocido. En un solo siglo construyeron los árabes un imperio cuya extensión superaba los 15,000 km y que se expandía por las mesetas de Asia Central. Ignacio Olagüe, *La Revolución islámica en Occidente*, España, Publicaciones de la Fundación Juan March, Guadarrama, 1974, p. 10.

³ Los maronitas tomaron su nombre del anacoreta san Marón, que vivió en el siglo V. Durante el periodo mameluco se replegaron a la Montaña, para evitar una penetración musulmana. La iglesia maronita usa en su liturgia la lengua siríaca, que es una antigua lengua semita procedente del arameo, y que fue adaptada como lengua eclesiástica. Fue en 1736 cuando se logró la completa unión de esta iglesia con la católica, apóstolica y romana. La religión maronita exalta al campesino y la vida rural, por lo que ha desarrollado fuertes tradiciones agrarias y un tipo característico de campesino montañés. Ramón Díaz Sánchez, *Líbano, una historia de hombres y de pueblos*, Caracas, 2a. ed., 1969, pp. 115 y 116. Jean Salem, *Le peuple libanais*, Beirut, Ediciones Samir, 1968.

⁴ La comunidad drusa data del siglo XI. Su doctrina nace del ismaelismo extremista. Desde el punto de vista socioeconómico han sustentado una sólida estructura

feudal. La creación de revistas y periódicos, así como la de asociaciones, iglesias y escuelas, han sido, durante un poco más de cien años, elementos indicativos de la búsqueda de lo propiamente libanés dentro de una sociedad a la que paradójicamente se arraigaban cada vez más.

A lo largo de los años se ha confirmado una identidad libanesa de los inmigrantes y sus descendientes, aunada a un arraigo a México. Se hace presente una pertenencia dual: a la tierra de origen y a la realidad nacional, aunque aquí debería hablarse de niveles, dependiendo de primera, segunda o tercera generación. Hablamos de un espacio de fronteras que se redefine constantemente. El material existe, y la necesidad de explicarnos esta compleja realidad social también, por lo que se hace inminente continuar trabajando en temas como el que ahora se ha presentado.

feudal. La población ha sido esencialmente rural. Algunos autores consideran a esta religión como algo esotérico; no tienen templos y sus reuniones las practican en casas particulares. No participan en festividades musulmanas y actúan con cierta flexibilidad, pues asisten a iglesias católicas e incluso llegan a bautizarse. Jean Salem, *op. cit.*, p. 119, y Jorge Salomao, *Album da Colonia Sirio-Libanesa no Brasil*, São Paulo, Sociedad Imprensora Brasileira, s/f., p. 479.

⁵ Ministère du Plan, *Besoins et possibilités de développement du Liban*, Études Préliminaires, 2 vols. Líbano, Mission Irfed, 1960-1961, vol. I, pp. 49-51.

⁶ Abelardo Villegas, *Positivismo y porfirismo*, México, SEP, 1972, p. 95.

⁷ Moisés González Navarro, "La vida social", en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El porfirato*, 2a. ed., México, Editorial Hermes, 1970, vol. 4, pp. 153 y 155.

⁸ Moisés González Navarro, *La colonización en México 1877-1910*, México, Talleres de impresión de estampillas y valores, 1960, p. 91.

⁹ *Memorias de Relaciones Exteriores, 1926-1927*, pp. 512 y 513. Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México, 1900-1970*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974. Carmen Páez Oropeza, *Los libaneses en México: asimilación de un grupo étnico*, México, ENAH, 1976, p. 141.

¹⁰ J. Nasr y Salim Abud, *Directorio libanés*, México, Edición de los autores, 1948, 245 p.

¹¹ *Emir*, núm. 24, febrero de 1966, p. 38.

¹² Héctor Azar, *Las tres primeras personas*, México, Editorial Grijalbo, 1977, pp. 33-35.

¹³ Morillo Dibb, "Memorias y biografía", Actopan, Hidalgo, inédito, pp. 44 y 45.

¹⁴ Morillo Dibb, *op. cit.*

¹⁵ Jacques Le Goff, "Las mentalidades: una historia ambigua", *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1980, vol. III, pp. 82-98.

¹⁶ Entrevista con pionera, Guadalajara, 1977.

¹⁷ *Emir*, núm. 59, abril de 1942, pp. 22 y 25.

